Sarcosuchus imperator llora

Tiempo de lectura: 4 min.

Carlos Raúl Hernández

Dom, 06/08/2017 - 20:54

Bachelet declara serenamente que la centroizquierda no logró hacer gran cosa después que tuvo el continente en sus manos. En lenguaje claro, acepta que fracasó. Hoy la quimera se despide del poder en el continente y donde se resiste, como en Venezuela, es gracias a astrosos dogales que la mantienen por ahora. La primera transnacional socialista latinoamericana, Odebrecht, símbolo del nuevo poder mundial, la octava economía, es ya una miserable carroña que contamina una

vez más de desprecio a países que habían comenzado a levantar cabeza. El gran líder del nuevo socialismo, el legendario Lula da Silva, que arrancaba titulares a *Le Monde* y al que Obama llamaba *the boss*, tiene todos los boletos comprados en alguna penitenciaría. Sin duda Bachelet no tenía más opción que reconocer lo ocurrido, pero ella debería haber sido menos parca e ir al fondo de la idea.

Merecía enseñarnos un desgarramiento, aunque fuera una lágrima-del lagarto prehistórico que se alimentaba de dinosaurios-, conocida la responsabilidad de la emoción socialista en el impulso de las grandes tragedias latinoamericanas de dos siglos, en esta dolorosa farsa, que para bien de la humanidad, ella y sus colegas *del Siglo XXI* liquidan. Pese a su enorme responsabilidad personal, más bien habló como una politóloga inglesa que prepara su trabajo de ascenso, no como quien fuera presidenta de Chile dos veces y protagonista del *cambio de era*. Tal vez le hizo falta un poco de autoflagelación, de reconocer sus graves errores que contribuyeron a desmejorar la vida de los chilenos y que levantan la imagen de Pinochet. Sin pretenderla samurai, su tranquilidad argumental trasmite que no le importa mucho su propio fracaso existencial.

Dorian Gray en Chile

Pero tampoco el de su partido y su corriente de pensamiento, por los que hubo demasiados martirios en el continente que buscaba la utopía, comenzado por el de su padre. La memoria de las muertes del general Bachelet, de Prat, de Allende, de Luciano Cruz, de Miguel Henríquez y de miles de caídos, torturados y desaparecidos a partir del golpe del 11S, hubieran merecido un poco más de corazón. No quiso y/o no pudo hacernos sentir arrepentimiento, conmoción, dolor, algo que le debe a los chilenos y al resto. Arthur Koestler escribió sangrante en su ruptura con el estalinismo, que “la lucha final será entre comunistas y excomunistas”. Un divorcio digno de ese terrible espectro requiere separación de cuerpos y la gravedad de usar la razón, el debate, la disidencia, y renovar el compromiso con la democracia y la libertad.

Si alguien no tiene excusas es quien apoyó fríamente al chavismo y su última campaña electoral está sembrada de recuerdos asombrosos, desconcertantes, que desde entonces reafirmaban que ella para Chile sería otra equivocación. Nadie gozó de tanto prestigio, hasta el extremo de irse a un cargo internacional para pasar el fastidioso requisito de tiempo, entretenerse mientras se cumplía el entreacto constitucional para su regreso cantado al poder. La sociedad la esperaba para aclamarla y el proceso electoral lucía casi como un trámite administrativo. Regresa,

ha-ce su campaña, triunfa y todo va talcual se esperaba. Pero en el camino ocurre algo duro de entender. Cae en el circuito de una joven dirigente estudiantil inmadura e ideologizada a la que asocia estrechamente su imagen electoral.

Eso es comprensible porque era un ícono de belleza y juventud, las dos únicas cosas que valen la pena en la vida, según Oscar Wilde.

Pececito tragó ballena

Pero que para asombro general, la niña la coloniza mentalmente. Uno de esos inquietantes relatos de Julio Cortázar narra cómo un pececillo se apodera de la mente de un hombre que se le queda mirando fijamente por un rato en la pecera. Así Bachelet se convirtió en la candidata de las movilizaciones estudiantiles de 2012 que proponían radicalismos absurdos, como “una educación superior gratuita y universal”, contra la experiencia y la experticia en materia educativa en el mundo entero. Amenazó con una descocada reforma fiscal, ninguna de las dos cosas se llevó a cabo por absurdas e improcedentes; consumió su período en un debate vacío y Chile perdió una gran oportunidad. El balance de la democracia chilena tiene un lado lamentable porque los gobiernos socialistas y socialcristianos han puesto en jaque el modelo eco-nómico que sacó del desfiladero unpaís hambriento y abandonado.

El crecimiento económico se ralentizó, porque el sistema político careció hasta ahora de líderes –salvo Piñera– con el don necesario para actualizar el sistema económico e introducir los cambios requeridos. Los gobiernos democráticos, con la excepción mencionada, se han limitado a “mantener el modelo” y no a hacerle mantenimiento. Significativamente tal detención no ocurre en Perú, pese a las desventuras de Humala, ni en Panamá con sus escándalos recientes. Hace poco podía correr el sarcasmo de que Venezuela iba por el camino de Cuba, Argentina por el de Venezuela, Brasil por el de Argentina y Chile por el de Brasil, pero esa tendencia tiende a cambiar gracias a la expulsión del socialismo del siglo XXI. Pero preocupan la parálisis de los cambios en Brasil y la aterradora lentitud de Macri.

@CarlosRaulHer

ver PDF
Copied to clipboard